

La Autonomía Profesional Docente en los Procesos Evaluativos: Una Reflexión desde la Práctica

La autonomía profesional docente es un principio que permite a los maestros tomar decisiones informadas, basadas en su experiencia, conocimiento del contexto y necesidades específicas de los estudiantes. A lo largo de mi trayectoria como docente, he tenido la oportunidad de aplicar este principio en el diseño e implementación de procesos evaluativos, con un enfoque en la evaluación formativa, la cual se articula en dos dimensiones esenciales: una centrada en el docente y otra en el alumno. A continuación, describo cómo he utilizado mi autonomía profesional para integrar ambas dimensiones en mi práctica diaria, buscando siempre fomentar el aprendizaje significativo y el desarrollo integral de mis estudiantes.

Dimensión centrada en el docente: Planificación y ajustes pedagógicos

La primera dimensión de la evaluación formativa está centrada en el docente, lo que implica que la evaluación no solo se trata de medir el aprendizaje de los estudiantes, sino también de analizar la eficacia de mi propio trabajo como educador. En este sentido, he utilizado mi autonomía para diseñar evaluaciones que no se limitan a pruebas tradicionales, sino que incluyen actividades prácticas, proyectos colaborativos y análisis reflexivos.

Por ejemplo, en el contexto de mi investigación sobre los desafíos en la resolución de problemas de porcentajes para alumnos de sexto grado, he incorporado estrategias que me permiten observar de cerca el proceso de pensamiento de los estudiantes. A través de actividades como la resolución de problemas en equipo, puedo evaluar cómo abordan las dificultades y qué estrategias emplean, lo que me ofrece una visión clara de sus áreas de mejora y fortalezas. Esta observación constante me ha permitido ajustar mi enseñanza en tiempo real, modificando mis explicaciones y ejemplos para asegurar que cada alumno tenga la oportunidad de comprender el contenido a su propio ritmo.

Además, en la sexta reunión del consejo técnico, donde se decidió ajustar la planeación didáctica para incorporar un enfoque en vida saludable debido a un problema de acoso escolar, mi autonomía profesional fue clave para desarrollar estrategias evaluativas que midieran no solo el desempeño académico, sino también el desarrollo de habilidades socioemocionales. Con base en los principios de la inteligencia emocional, diseñé actividades que no solo evaluaban conocimientos, sino también la capacidad de los estudiantes para gestionar sus emociones, resolver conflictos y colaborar en un ambiente de respeto mutuo. En este contexto, la evaluación se convirtió en una herramienta de reflexión tanto para mí como para mis estudiantes, permitiéndonos ajustar nuestras conductas y actitudes en busca de un ambiente de aprendizaje más inclusivo y seguro.

Dimensión centrada en el alumno: Promoción de la autoevaluación y la retroalimentación constante

La segunda dimensión de la evaluación formativa está centrada en el alumno y se enfoca en su participación activa en el proceso de evaluación. En este sentido, he utilizado mi autonomía profesional para fomentar una cultura de autoevaluación y coevaluación, donde los estudiantes asumen un rol protagónico en su propio proceso de aprendizaje.

En el proyecto 'Las apariencias engañan', en el que trabajo con un grupo de 35 alumnos, he implementado diversas estrategias que les permiten reflexionar sobre su propio desempeño. Por ejemplo, después de cada actividad importante, les pido que completen una rúbrica de autoevaluación donde valoren no solo sus conocimientos, sino también su participación, esfuerzo y capacidad para trabajar en equipo. Esta práctica no solo les ayuda a ser más conscientes de sus fortalezas y áreas de mejora, sino que también les enseña a valorar el proceso por encima del resultado, lo que es fundamental para desarrollar una mentalidad de crecimiento.

Asimismo, he incorporado la retroalimentación constante como parte esencial de mi práctica evaluativa. En lugar de esperar al final de un periodo para proporcionar comentarios sobre el trabajo de los estudiantes, ofrezco retroalimentación continua durante el desarrollo de las actividades. Esto les permite corregir errores, ajustar

sus estrategias y mejorar su desempeño antes de llegar a una evaluación final. En el caso de los alumnos que presentaban dificultades en la comprensión lectora y la escritura en cuarto grado, esta práctica ha sido especialmente útil, ya que les brinda la oportunidad de recibir apoyo en tiempo real y avanzar de manera más sólida en su proceso de aprendizaje.

Conclusión

En resumen, la autonomía profesional docente me ha permitido diseñar y aplicar procesos evaluativos que no solo miden el aprendizaje de los estudiantes, sino que también promueven el desarrollo de habilidades críticas, tanto en el ámbito académico como en el socioemocional. Al integrar las dos dimensiones de la evaluación formativa, centradas en el docente y en el alumno, he logrado crear un entorno en el que la evaluación es un proceso dinámico, continuo y profundamente reflexivo, donde tanto los estudiantes como yo estamos en constante aprendizaje. Esta experiencia ha reafirmado mi convicción de que, cuando los maestros tienen la libertad de adaptar sus métodos a las necesidades de sus estudiantes, el impacto en el aprendizaje es mucho más profundo y significativo.